

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universitat Autònoma de Barcelona y secretario de su Centre d'Estudis sobre la Pau i el Desarmament. Es, asimismo, miembro del Seminario de Educación para la Paz de la Asociación Pro Derechos Humanos.

**Las guerras son fenómenos que deben estudiarse en el marco del actual contexto. Tras un breve repaso a la historia de la Educación para la Paz se propone un programa que pretenda lo siguiente: primar, restringir y profundizar, innovar, aliarse y volver a los orígenes. Educación para la paz debe significar también aprender las guerras, estudiar el fenómeno bélico y sus manifestaciones.**

---

## *Educación para la Paz*

---

Establecer un programa de Educación para la Paz en la posguerra fría y en el horizonte del año 2000 supone obviamente explicitar un listado de tareas y una agenda, pero también una mirada retrospectiva, una revisión y balance de lo conseguido hasta el momento. Las constricciones de espacio y el carácter polémico de contraste de ideas del texto explican la forma ligera, poco vertebrada, de éste: tesis sin desarrollar plenamente, articuladas en párrafos numerados.

1. *La educación para la paz no es nueva.* Ha nacido dos veces: una en los años 20 y 30 de la mano de los movimientos de renovación pedagógica que, impactados por la Primera Guerra Mundial, se hacen eco del nunca más que se generalizó en la sociedad europea y se proponen llegar a la paz por la escuela; otra, en los años 60, cuando el riesgo de holocausto nuclear y la guerra del Vietnam llevaron a la investigación para la paz a proponer una estrategia de divulgación de sus resultados, de combinación de investigación y educación con vistas a lograr la acción. A lo largo de su historia, la educación para la paz ha sido siempre deudora de la premura, de la urgencia del tiempo, del impacto de los grandes conflictos y del estado general de las relaciones internacionales. Consecuencia de ello son su carácter recurrente como tarea educativa y el carácter cambiante de sus objetivos, métodos y corrientes que reflejan sus grandes debates.

2. *Debemos aprender de la historia de la educación para la paz.* Durante los años 70 y buena parte de los 80, los grandes debates de educación para la paz giraron en torno a cuatro temas. En primer lugar, el sujeto del cambio, el punto de mira de la educación para la paz. Las posturas fueron del sujeto (intimismo) a la sociedad (concepciones emancipadoras). ¿Basta el cambio individual para lograr el cambio global? ¿Hay tiempo para ello? La solución de síntesis consistiría en, habida cuenta de las limitaciones de la educación para la paz como palanca transformadora, trabajar sobre personas para que éstas actúen fuera del marco educativo.

En segundo lugar, las áreas o niveles de conocimiento, más o menos grandes en función de la noción de paz que se manejara. Pueden singularizarse dos grandes posturas: restringida, ausencia de guerra o violencia directa; y omniabarcadora, ausencia de violencia directa y estructural, justicia y armonía. Para algunos, la educación para la paz incluía la educación para el desarme, los derechos humanos, el desarrollo, el medio ambiente, etc. Variaba también la estrategia de alianzas, fagocitación de temas y valores (concepción omniabarcadora) *versus* alianzas con otras educaciones particulares. Quizá cabría apostar por una concepción moderadamente amplia, evitar la guerra, su preparación y legitimación, intelectual y social.

En tercer lugar, a propósito de la forma de trabajar, de la metodología: enseñar la paz o vivirla; clarificar los valores o educar en algunos de ellos... El enfoque socioafectivo, la apuesta por los métodos vivenciales, por andar con los mocasines de otros, desarrollado a partir de finales de los años 70, supone un enfoque integrador.

En cuarto y último lugar, la polémica acerca de los límites y virtualidades del empeño: conciencia de los obstáculos (políticos, psicológicos e institucionales), forma de integración en el currículo, procedimientos para

evaluar los resultados, balance de resultados. Un éxito, empero, parece indiscutible, la generalización de la tesis de la importancia de los valores, la aceptación de que los contenidos incluyen hábitos, valores, aspectos actitudinales.

3. *La agenda de los años 90 debe establecerse teniendo en cuenta los rasgos del nuevo sistema internacional y el balance de los debates anteriores.* Me acabo de ocupar del balance de los debates de los últimos años. En cuanto al sistema, baste con señalar tres cosas: la agudización de la fractura centro-periferia, así como el resquebrajamiento de la periferia; la importancia de los conflictos intra-sur, incluyendo conflictos con alto grado de violencia inducidos por cambios medioambientales; la inexistencia de métodos e instituciones suficientemente eficaces de prevención, gestión y resolución de conflictos en la esfera internacional.

Por consiguiente, propongo un programa de Educación para la Paz que puede resumirse así: *primar, restringir y profundizar, innovar, aliarse, volver a los orígenes*. Primar supone partir del nuevo contexto internacional, de lo más urgente. Restringir y profundizar significan renunciar a intentar trabajar todo a la vez. Puestos a elegir, centrarse, por ejemplo, en los conflictos, los valores antagónicos, la pluriculturalidad y los derechos de las generaciones futuras, y trabajarlos en una perspectiva que vaya de lo micro a lo macro. Innovar implica insistir en crear un sesgo propio, difundir, como se había hecho con anterioridad, una «mirada otra, propia», renunciar a integrarlo todo y a descubrir mediterráneos. Ello conlleva, obviamente, apostar por una estrategia de alianzas con quienes comparten ideales de cambio (internacional, social, educativo ...), con los actores dispuestos a transformar el entorno educativo, con las otras educaciones particulares (educación para el desarrollo, educación ambiental, educación en y para los derechos humanos ...) e, incluso, quienes emplean instrumentos semejantes (enfoques vivenciales, investigación-acción ...). Volver a los orígenes, por último, supone conformarse en la concepción moderadamente amplia de la paz antes aludida, evitar la guerra, los conflictos violentos intra o interestatales, así como su preparación y legitimación.

4. *Las tesis anteriores tienen dos implicaciones.* Suponen, en primer lugar, una crítica de aquellas concepciones intimistas que ponen el énfasis exclusivo en el cambio personal, en el fomento de actitudes prosociales o empáticas. La armonía personal, la adquisición de actitudes que favorezcan la comprensión, el diálogo y la tolerancia, etc., constituyen una *condición necesaria, pero no suficiente*, de la consecución de los objetivos de la educación para la paz. Dicho brutalmente, no basta con aprender a quererse mucho para que el mundo cambie, para que desaparezcan las guerras. En ese punto topamos con la segunda implicación: si realmente aspiramos a eliminar las guerras, hay que estudiarlas, analizarlas, tratarlas de forma racional, enseñarlas de forma desmitificada y desmitificadora.

En ese punto, mi concepción de la investigación para la paz, y por ende de la educación en pro de la paz, se desmarca tanto de la consideración de las guerras como algo patológico o aberrante, como de los enfoques que las consideran brotes periódicos e inevitables de pulsiones arraigadas en la base biológica de la conducta humana. Por decirlo con Anatol Rapoport, las guerras han sido, al menos hasta el presente, instituciones sociales viables. De ahí su persistencia. Si queremos comprender sus causas y averiguar la forma de evitarlas o prevenirlas, la tarea fundamental consiste en examinar los mecanismos e instituciones sociales por las que se instigan, planean, dirigen o justifican las guerras.

El enfoque que propuso Rapoport a principios de los años 70, que pretendo recuperar, es genuinamente radical, puesto que va a las raíces, y tiene enormes consecuencias para la educación y la acción para la paz: estudiar las *war-making institutions* (Rapoport) nos permitirá diseñar estrategias que permitan combatirlas, socavando los hábitos de obediencia y lealtad, así como la confianza que enmascara el carácter maligno de dichas instituciones e induce al organismo social a nutrir las con su propia sustancia.

Investigación y educación deben ir de la mano. La investigación para la paz debe mostrar en el terreno de las ideas las inconsistencias que subyacen a los razonamientos legitimadores de las guerras. Educar para la paz debe significar también aprender las guerras, estudiar el fenómeno bélico y sus manifestaciones. La educación, la escuela y la sociedad podrán así empezar a desaprender la guerra como institución social, comenzarán a armar la paz.